

# MANUEL AGUD, FILÓLOGO

Luis Daniel Izpizua

**H**abía una fuerza vital en Manuel Agud que lo llevaba al entusiasmo. Era una fuerza positiva, creativa, con una pulsión ciudadana indudable. Se enraizaba en su medio con un afán de incidir en él, de transformarlo, de mejorarlo. Era esa su forma de ser, de vivir una identidad que era un *work in progress*, que adquiría forma en su relación con el ámbito ciudadano. Aragonés nacido en Argentina, se hizo donostiarra actuando en Donostia. Su pasión por construir ciudadanía le fue modelando en las relaciones suscitadas por ese empeño, y el nudo de esas relaciones tenía un perfil muy definido, con sus carencias y sus dones, un perfil con un nombre: Guipúzcoa, pero, sobre todo, San Sebastián. Dicen que el amor nos funda; también nos destruye. Por eso no me parece oportuno hablar de amor a su ciudad en el caso de Manuel Agud, sino de la proyección de un carácter y de una convicción ciudadana que se explayaban en su interrelación con su ciudad. Si hubo amor, su naturaleza se concretó en esa praxis y no creo que él hubiera actuado de otra forma fuera cual fuese la ciudad en la que le hubiera tocado vivir. Su amor poco tenía que ver con la contemplación; nacía de la implicación y en ella tomaba forma.

Los hitos de esa implicación ciudadana son conocidos y, por lo general, celebrados. No fue el



menor su vocación pedagógica, que se proyectaba más allá de la enseñanza de las materias que impartía y constituía un empeño por formar ciudadanos. En consonancia con esa su vocación primera, se esmeró por que se implantaran en San Sebastián y en Guipúzcoa unos estudios universitarios de los que entonces carecían, haciendo hincapié en la dimensión humanista de los mismos, una dimensión que equilibrara la propensión hacia los estudios técnicos que entonces nos caracterizaba. Éstos y otros quehaceres e iniciativas, como la creación del Seminario Julio de Urquijo y la publicación de su Anuario, o sus responsabilidades en el Ateneo, ofrecen un testimonio de su compromiso ciudadano y han dejado una huella sólida de su labor de pionero. Pero su logro más duradero, aquél que sin duda más satisfacía su ambición intelectual, dista de haber sido reconocido en su justa medida. Me refiero a su tarea científica, a su labor como filólogo, a su impagable trabajo con la lengua vasca.

Yo aquí sólo pretendo dar un toque de atención respecto al reconocimiento de esa tarea, aún pendiente. Y deseo destacar el carácter modélico, si no atípico, de la misma. Creo que es otra manifestación de esa feracidad ciudadana que le distinguía. En una época de postración de los estudios vascos, la de la posguerra, resulta ejemplar que Manuel Agud dedicara más esfuerzo a sus estudios sobre la lengua vasca que a los de la lengua griega, disciplina en la que se había especializado. La situación actual en ese campo es infinitamente mejor, al menos en disposición y medios, pero hagámonos a la idea de una época en la que la vocación y la voluntad eran los ingredientes únicos de una tarea casi a contracorriente. Y Manuel Agud era además foráneo, podrá añadir alguien, y no era nacionalista.

Hay una mirada interior y una mirada exterior en los estudios sobre la lengua vasca. La segunda no constituye ninguna rareza y la lingüística vasca está jalonada de grandes nombres foráneos, algunos centrales en el desarrollo de la misma. Naturalmente, los grados de esa exterioridad son muy diversos y oscilan entre la más neutral disposición científica y la elección entusiasta de la lengua como objeto de estudio que acaba convirtiéndose en nuestra lengua más propia. Dentro de ese amplio espectro de actitudes, la de Manuel Agud posee unas características reseñables. Dada su imbricación con la ciudad de San Sebastián,



Foto: Inaki Erkizia

Cena "Oarso" en la sociedad "Amullela" en homenaje a Miguel Pelay Orozco y Manuel Agud Querol. 23 de abril de 1993. Miguel Pelay Orozco (izquierda) y Manuel Agud Querol (derecha)

a la que nos hemos venido refiriendo, no se le puede considerar en sentido estricto un foráneo. Mantiene, sin embargo, respecto al euskera una mirada exterior, a la que también convendría poner matices. No era euskaldun, pero desarrollaba su labor filológica en medio de una ciudad que sí lo era en parte, y en relación con ella. Su exterioridad no podía estar provista de la fría neutralidad de quien se acerca a una lengua por interés estricto de su profesión. No, sabía a quién servía. Servía a una comunidad de hablantes con la que convivía, comunidad que él en ningún caso confundiría con una comunidad política. He señalado antes que no era nacionalista, y también por esto su exterioridad era ejemplar. El hecho de ser euskaldun no debe conllevar una orientación ideológica determinada. Tampoco debe hacerlo el interés suscitado por la lengua de mis vecinos, a cuyo estudio dedico mis mejores esfuerzos. No tengo ninguna duda, sin embargo, de que esta doble situación, que no debería resultarnos extraña, es la que pone obstáculos a un merecido reconocimiento de su labor. Era, para decirlo de alguna forma, excéntrico, como hablante y como ciudadano. También como estudioso.

Pero su obra está ahí, pendiente de ser recuperada. Centrada fundamentalmente en la lexicografía, en ella abundan publicaciones sobre toponimia vasca y etimología, entre las que cabe destacar: "De re etymologica (aker, akelarre)", "A propósito de BURDIN(A), hierro", "Áreas toponímicas en el País Vasco", o "Formas populares de toponimia del País Vasco anteriores a 1900", esta última en colaboración con Koldo Mitxelena. Su trabajo fundamental será, sin embargo, el "Diccionario etimológico vasco", obra de gran aliento iniciada junto con Koldo Mitxelena y Antonio Tovar, y a cuya redacción y publicación dedicará largos años de su vida. Tras haber publicado siete volúmenes, la enfermedad le impidió concluir el proyecto, si bien dejó recopilado abundante material, a la espera tan sólo de ser ordenado y redactado.

Resulta imposible separar la génesis y la elaboración del "Diccionario etimológico vasco" de la colaboración mantenida por tres profesores de excepción: Koldo Mitxelena, Antonio Tovar y el propio Manuel Agud. Por iniciativa de los tres, se funda en 1953 el "Seminario Julio de Urquijo", que daba albergue a una porción de actividades relacionadas con la lengua, la literatura y la investigación lingüística (del vascuence), si bien esta última constituía el núcleo de su acción. Posteriormente, con ocasión de un Congreso de Onomástica celebrado en Salamanca, Antonio Tovar sugiere la posibilidad de elaborar un *Diccionario etimológico vasco*, idea bien acogida por Agud y Mitxelena, que inician la recogida de material junto con un grupo de colaboradores. La dedicación posterior del segundo a las tareas de la unificación lingüística del euskera y la marcha de Tovar a Tubinga, harán que Manuel Agud asuma la tarea de llevar a buen término el proyecto. No fue una labor solitaria, pues Tovar continuó enviando materiales hasta su muerte y contaron también con la colaboración de Joan Corominas. Pero la imagen titánica de un Manuel Agud ya enfermo tratando de culminar la obra, es otro recuerdo ejemplar de difícil olvido. Instrumento de vital importancia para el conocimiento de la lengua vasca, el "Diccionario etimológico vasco" es también un testimonio valiosísimo de un momento histórico de la investigación filológica. Por ambas razones, no deben quedar truncadas las promesas que la Administración pública hizo en su día para la adopción de las medidas necesarias que culminaran esa obra inconclusa. La desprendida vocación de unos sabios, preclaros ejemplos de la generosidad en una época difícil, lo merecen.

